

José Joaquín Iriarte
Periodista

Montini y Escrivá



En el número de *ECCLESIA* del pasado 29 de diciembre se formula, en la página 19, esta pregunta: «¿Será Pablo VI beatificado en las postrimerías del Año de la Fe?».

La pregunta es realista, propia de quien conoce por dónde discurren los proyectos de **Benedicto XVI**. El ya venerable Pablo VI que, como su actual Sucesor, ponía en maridaje la razón y la fe; el Papa que vivió una época en la que abundó en el ámbito eclesial el reduccionismo en aras de la modernidad; el Papa de la duda (propia de un fino intelectual), que supo desoír los cantos de sirena de quienes auspiciaban el matrimonio no abierto a la fecundidad, dio un golpe en su mesa de Pontífice (en sentido metafórico) para proclamar la última palabra en la soledad de su responsabilidad ante Dios (la encíclica *Humanae vitae* es un ejemplo luminoso). Pablo VI va a llegar a la gloria de Bernini porque fue un hombre de fe y un pregonero de la paz. El «dedo de Dios», como se denomina al milagro indispensable para que un cristiano sea declarado beato es todo un símbolo de su doctrina: la curación de un feto en el seno materno, engendrado por un matrimonio californiano. Y sobre este milagro atribuido a Pablo VI anda ahora el estudio de la Santa Sede.

Pablo VI fue el Papa del Concilio Vaticano II, una corona de rosas y también de espinas, que en la hermenéutica de los textos sobraron interés

pretes mundanos que pusieron a la Iglesia en trance de que saltara por los aires si solo fuera un edificio hecho con materiales humanos.

Aclarando...

Déjenme, ahora que está de moda la transparencia, que les diga que la figura de Pablo VI sufrió la presión de una «guardia pretoriana» dispuesta a que el Papa actuase de acuerdo con los criterios de algunos de sus supuestos guardianes. Tengo un ejemplo cercano en mis afectos. Presionado por poderosos eclesiásticos, le falsearon la imagen del Opus Dei,

n a c i d o
por y para servir a la Iglesia, su único objetivo y su única razón de ser. Años antes (1946), el entonces arzobispo **Montini** fue el primero en

la curia vaticana en elogiar la Obra y, en cierta ocasión, siendo Papa, le comentó a don **Álvaro del Portillo**, a la sazón secretario general del Opus Dei, que el fundador era una de las personas que, a lo largo de la historia, había recibido más carismas y que mejor supo responder a ellos.

La presión en torno al Papa logró que entre ambos personajes la comunicación no fuera fluida. Le cerraban el paso al santo español con la convicción, quiero suponer, de que servían a la Iglesia.

Escrivá —**San Josemaría Escrivá de Balaguer**— formaba parte de la estirpe de los grandes fundadores que vi-

vió en carne propia el refrán: «Calumnia, que algo queda».

Perdonen el desahogo. Si no digo lo que pienso, reviento. Los trapos sucios se lavan en casa, pero para una limpieza completa, después de lavarlos se tienden al sol para que se oreen. En todo esto hay una génesis vieja como los muros vaticanos y es que en todos los sitios, también en los palacios apostólicos, cuecen habas...

Con poco tiempo de diferencia murieron los dos personajes. San Josemaría Escrivá el 26 de junio de 1975 y Pablo VI el 6 de agosto de 1978. Dos supuestos «enemigos» para los fabricantes de falsedades. No es casual que llegaran a la meta con la

amargura recíproca de la contradicción de los buenos.

Una y otra figura van a formar parte del catálogo de los bienaventurados. Hago votos por

que los que quisieron arruinar la abnegada entrega de los dos hombres de Iglesia recapaciten (los que aún viven y sus herederos) a la sombra de la justicia, que es tanto como decir a la luz de la verdad.

Queda mucho por decir. Sospecho que en el Opus Dei no hay prisa por aclararlo. La historia es larga —y más la historia de la Iglesia— y, cuando el tiempo pase y todo se vea con perspectiva, los hechos ciertos saldrán a la luz, porque la verdad es tozuda como el carácter de los aragoneses. Escrivá fue un aragonés que conservó el acento de su tierra hasta el final de su vida. ■

